

cuaderno del sagrado corazón, la extrema derecha y la laicidad nº 157

lettre de la philosophie magazine

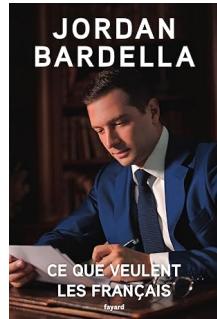


© Catherine Meurisse pour Philosophie magazine

Hola, que tal

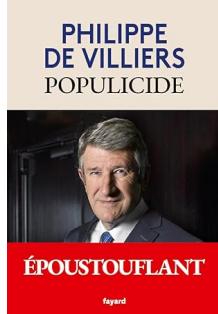
Este fin de semana trabajé para Uds... Me leí los libros de **Jordan Bardella**, de **Éric Zemmour** y de **Philippe de Villiers**, que acaban de aparecer en Fayard. Si sus referencias son comunes, cada uno despliega su propio estilo. Veamos.

Las publicaciones de extrema derecha se han vuelto un verdadero fenómeno de librerías. Tres rostros, tres títulos aparecen. **Jordan Bardella**, cuya foto aparece en la portada de *Ce que veulent les Français* (*lo que quieren los franceses*), sentado en un escritorio de madera, con mirada púdicamente dirigida a páginas en blanco, con el estilógrafo en la mano – como si quisiera probar que había escrito su libro él mismo (y si así fue, según esto lo hizo de saco y



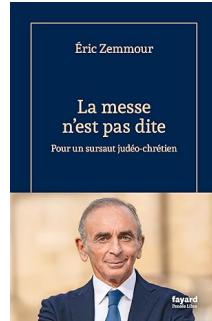
corbata).

Philippe de Villiers, en la carátula de *Populicide* <populicidio>, nos mira con una buena sonrisa, pero lanza la mirada penetrante de quien



ve lejos.

La del ensayo de **Éric Zemmour**, *La Messe n'est pas dite* <la misa no



está dicha>, es más sobria, más intelectual en suma.

Los tres autores esperan, como sucedió con sus obras precedentes, **alcanzar los cientos de miles de ejemplares vendidos**.

Cada uno tiene su escritura propia. Candidato a las funciones supremas, Jordan Bardella optó por un estilo humilde y afectivo. La star de *TikTok* quiere ganar en espesor humano. Las palabras claves de su libros son discreción, pudor, intimidad. Al encontrarse con Samantha, enfermera liberal en Guadalupe, François, agricultor, Arthur, militar, Dominique, expatriado a Oman, y con una quincena de otros franceses, Jordan Bardella confiesa: “*He llegado hasta llorar*” frente a los sufrimientos de sus interlocutores. Luego de su autobiografía (y antes de su libro programático), el presidente del RN pretende ser el interprete sensible de la decencia ordinaria de un pueblo olvidado y despreciado. Éric Zemmour, por su parte adopta la postura del especialista en religiones. En algunos decenas de páginas resume la historia de las relaciones entre judíos, cristianos y musulmanes, para llegar a una conclusión simplísima: los católicos deben de aquí en adelante aliarse con los judíos de Francia para combatir a la tercera religión. Repleto de imprecisiones y muy confuso en sus secciones descriptivas, el libro es un pasquín disfrazado de estudio erudito.

Con ***Populicide***, su “libro-testamento”, Philippe de Villiers “decidió no frenar mas [su] pluma”. En efecto. Superpone el lirismo exacerbado de un troubadour post-moderno, los neologismos aterradores (el

“partido de la Transmemoria”, la “Babel sanitaria”, el “Webistan”...) y el vocabulario tradicional de la extrema derecha: “anti-France” y “templos juramentados del Murmullo y del Complot” (en el capítulo consagrado a la franc-masonería). Después de la pluma bien educada de Bardella y el género profesoral de Zemmour, el estilo de Villiers parece casi delirante. A la vez apocalíptico y bufón, este que se presenta como el general romano **Cincinnatus**, “retirado a [su] Aventino” antes de ser llamado a encargarse de los asuntos públicos por un pueblo en peligro, nos recuerda más bien a Assurancetourix, el bardo de Astérix. Pero liberado.

Estas variaciones de escritura permiten enviar más o menos el mismo mensaje a lectores diferentes. Cuando Bardella se dirige a sus millones de electores, poniendo cuidado en recorrer “la Francia que trabaja”, Éric Zemmour busca unir tras de sí a los católicos y a los judíos identitarios en una misma detestación del islam. En cuanto a Villiers, él sabe que sus ataques contra la vigilancia de los ciudadanos por los gigantes digitales y las autoridades sanitarias, concierne a todos los que consideran que el Covid es una manipulación de las grandes empresas norteamericanas y que no quieren renunciar al dinero líquido.

El fondo de lo que dicen, la ideología que los sostiene, es sin embargo parecida. A pesar de la postura de escucha que pretende adoptar, Jordan Bardella escoge siempre el mismo perfil de testigos: gente que tiene una “vida de trabajo y de sacrificio” pero cuya existencia ha sido destruida por 1) la política europea y sus absurdas normas, 2) nuestros responsables políticos que andan por “fuera de la tierra”, 3) la inmigración que trae la inseguridad y el islamismo. En el capítulo titulado “La tierra arraigada al cuerpo” y consagrado a la vida de un agricultor, el léxico es sugestivo: “Su mirada no mienta, el orgullo se lee en sus ojos” a tal punto es grande “su pasión por la tierra y el gusto por el trabajo”, sin olvidar su familia, que es “a la vez su refugio y su recurso”. Todos estos valores se enraízan en una “Francia carnal” tan alejada de las “normas europeas desconectadas de la realidad” y de sus “fríos textos”. “Tener una baguette caliente en la mesa del comedor, es algo bien católico y francés”, añade el panadero Olivier.

Bardella, como Zemmour & Villiers, todos reivindican su afiliación a Maurice Barrès (1862-1923), célebre novelista y quesero, figurea tutelara de la extrema derecha francesa. Todos lo citan y en él se inspiran para actualizar su visión de una Francia de la tierra y de los muertos, amenazada por las normas abstractas del derecho, por las élites desenraizadas y los enemigos del interior – judíos en aquel

entonces, musulmanes o extra-Europeos en la actualidad. Ya no estamos en la época en la que la extrema derecha trataba de hacer que se olvidara su historia y su ideología. Con estos tres libros, la ofensiva cultural es diversa en su forma, pero masiva y asumida.

Michel Eltchaninoff

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, noviembre 20 de 2025



Flux d'actualités

Mamdani y el regreso de lo real

La elección de Zohran Mamdani a la alcaldía de New York ha podido ser leída como un sobresalto de la izquierda cultural norteamericana contra la oleada trumpiana. Pero su campaña electoral debe sobre todo su éxito a propuestas de políticas sociales, sobre el fondo de una preocupación que muy a menudo

es olvidada incluso por los demócratas: la de las condiciones materiales de existencia.

John Pitseys

Noviembre 2025

Lo que la derecha dice de la victoria de Zohran Mamdani debe regocijar pues ella no comprende nada; lo que sí es preocupante es que una parte de la izquierda dice la misma cosa. La elección de M. Mamdani es presentada ampliamente como la de un candidato progresista salido de la diversidad, primer musulmán escogido para un tal puesto, un militante de la causa palestina. Unos lo aclaman, como lo hace Philippe Close, como el hombre «del progreso, de la inclusión, de la solidaridad»: la irrupción de Mamdani debe recordarnos que la América tolerante no ha muerto y que su mayoría es un tejido de minorías. Los otros, a la derecha y mucho más a la derecha aún, ven a Mamdani como el peor de los flagelos. Un militante sectario sospechoso de complacencias islamistas, por una parte; y un caballero del apocalipsis *woke* por la otra. No hay nada como presentar al adversario a la vez como un fanático y como el síntoma de los relativismos de época.

Si esto fuera verdad, el momento no merecería ni tanto entusiasmo ni tanto odio. Si se hubiera tratado de elegir un candidato venido de la izquierda, no habría habido necesidad de encontrar a Zohran Mamdani: en New York al menos, hasta “una cabra en tutu” lo habría hecho. Pero lo que habría pasado en New York se quedaría por supuesto en New York – o en Portland: lo que seduce en los salones hace perder por todas las otras partes, de ahora en adelante tanto en EE. UU. como entre nosotros. Ya vengan de las derechas no-liberales o a veces de izquierda, a estos puntos de vista les faltan los resortes de la campaña de Zohran Mamdani.

En las Américas como en Europa, las nuevas derechas tienen ya sentado que la política es ante todo una guerra cultural que debe asegurar la hegemonía de sus valores sobre los de sus enemigos. Piensan que están ganando esta guerra contra la izquierda. Y si con frecuencia hablan de realismo, ellas tienden a pensar que la cualidad de su relación con lo real cuenta poco a este respecto. Los discursos de la *alt-right* reposan no tanto sobre una concepción común de la verdad sino más bien sobre un deseo de ficción común: no es la exactitud percibida – equivocadamente o no – del mensaje la que constituye su fuerza, sino su intensidad. Y en más de un sentido, una parte de la izquierda ve las cosas de la misma manera, así sea de forma atenuada. Pasadas las declaraciones usuales de que se han ceñido a los hechos y a la verdad, estamos escuchando desde hace veinte años que la política es ante todo un asunto de «narrativas», de «relatos», de «rearne de discursos». Se describirá a Mamdani como un genio de la comunicación, un candidato *pop*, el estandarte auténtico –o facticio– de una generación, el signo de una época: en todos los casos, como si fuera el candidato de un imaginario.

Aunque se diga que su comunicación está realmente elaborada minuciosamente hasta el último detalle, la candidatura de Mamdani rompe con esta idea, tanto en el fondo como en el método. «For a New York You can afford»: Mamdani ha construíso su identidad de campaña sobre su programa, y no al inversa. Su candidatura no retrata al candidato sino a la ciudad misma. No responde a deseos sino a necesidades sociales: un alojamiento decente, salas-cunas para los

niños, escuelas accesibles, servicios de proximidad, renovación energética... No propone un relato o una moral, sino una serie de medidas que buscan responder a esas necesidades, y distribuir mejor los recursos disponibles para esos fines. Barack Obama practicaba la política como idealista, en el sentido en que la formación de las ideas precede la de las necesidades a las que ellas buscan responder. Mamdani es un materialista, en el sentido de que su campaña postula que la formulación de las necesidades precede la de las ideas. Esta es la razón por la que la derecha conservadora será incapaz de comprender lo que él representa. Esta es la razón por la que una parte de los «liberales» norteamericanos lo detestará: la campaña de Mamdani no habla de nuestros sentimientos sino de la contradicción entre los límites del mundo y los nuestros. Si estas ideas funcionan es porque Mamdani las asienta por lo demás sobre una práctica.

Durante veinte años, he escuchado a la izquierda y a la derecha defender conjuntamente —una con alegría, la otra con lamento— la idea de que la cultura pertenece a la izquierda. El capital económico, afirman, sigue siendo dominante allí donde las cifras importan. Los medios de comunicación, las universidades, el cine y la moda son supuestamente los lugares desde donde se desarrolla el progreso. La extrema derecha lamenta esto mientras se beneficia de ello, y la burguesía cosmopolita sigue siendo el villano cinematográfico más formidable que jamás haya creado. La izquierda culta se regocija, aunque no comprende que a ella también se la odia precisamente por esta razón.

Sin embargo, esta idea es errónea bajo dos respectos. En primer lugar, los medios de hegemonía cultural están, en su mayor parte, vinculados al control del capital económico. La producción masiva de bienes culturales contribuye a la democratización de su uso, pero rara vez a la de su propiedad: el hecho de que la mayoría de los periódicos europeos sean actualmente propiedad de unos pocos multimillonarios no es una anomalía —esto es incluso un suceso insignificante a escala de la Historia. Cuando habla desde la izquierda, el espacio público se concentra primero en los bares, en los folletos de los compositores, en los carteles colgados con alfileres y, más ampliamente, en lo que Oskar Negt llama «el espacio público de oposición».

Por otro lado, la hegemonía cultural de la izquierda nunca precedió a su estructuración como fuerza política. Lo que permite a los movimientos sociales estructurarse y luego influir en las dinámicas de poder no es su alineamiento con el “aire de la época”, puesto que este rara vez contradice a los poderosos. Es porque parten de la realidad, porque sacan a la luz lo que está mal en nuestras vidas, porque transforman las experiencias vividas en conciencia colectiva. Ya sean los Left-Behind Small Towns Movements <Movimientos de los Pueblos Pequeños que se Quedan Atrás> o la apropiación de los ronds-points en Francia por parte de los Chalecos amarillos, los movimientos sociales hablan, ante todo, de una realidad física. En casi todos los países europeos, las clases trabajadoras votan hoy por la extrema derecha cuando sienten que se les niega el derecho a vivir en cualquier lugar: que se les expulsa de sus hogares por un lado, y que están atrapados allí por el otro. Cuando los ciudadanos piden a la izquierda que reencante la realidad, es crucial comprender que la palabra "real" es lo que importa. Calles reales, tiendas reales, cafés reales: lugares de solidaridad donde las personas se prestan servicios reales. El territorio, geografía física y mental a la vez, es hoy un foco central de las políticas públicas y el catalizador de la mayoría de las divisiones políticas.

En resumen, Mamdani ganó porque lo comprendió. Incluso, y especialmente en sus momentos de escenografía, habla desde la perspectiva del pueblo, se fotografía en las últimas filas de un estadio de baloncesto, hace campaña en la acera o dentro de los *food trucks*. No oculta su "diversidad", sino que la ancla en la historia y los barrios de Nueva York. La plataforma se construye sobre esta base, y es esta base la que justifica su relevancia. ¿Artificial? Quizás. Pero es la primera vez en mucho tiempo que una campaña electoral estadounidense se siente genuina.

¿Es esto realmente nuevo, o Mamdani simplemente regresa, con otros medios y en un contexto económico distinto, a lo que permitió a los movimientos sociales estructurarse decisivamente durante el siglo pasado? No importa. La izquierda no tiene influencia cuando se vuelve más fría, más consensual, más radical, o cuando se adapta mejor a su público objetivo, sino cuando habla por nuestro entorno social y actúa desde él. Cuando atiende nuestras necesidades básicas. Cuando prioriza la justicia sobre la moral. Cuando centra sus demandas de justicia en lo que ataca nuestros cuerpos, a nuestros seres queridos, a nuestro entorno cotidiano. Cuando se construye desde nuestros territorios, incluso en sus métodos de acción y en la formación de coaliciones. Finalmente, y lo más importante, cuando recuerda que la realidad importa.

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, noviembre 23 de 2025

ESPRIT



Flux d'actualités

El despertar del Sagrado Corazón

En la película de Steven & Sabrina Gunnel, testigos hablan del amor de Jesús: es el Sagrado Corazón revisitado por las comunidades carismáticas. Más allá de la polémica que le permitió crear revuelo, el éxito inesperado del film muestra que en nuestras sociedades postcristianas, lo religioso sigue aún vivo.

Jean-Louis Schlegel

Noviembre 2025

El éxito de la película *Sacré Cœur*, estrenada a comienzos de octubre de 2025, suscita la polémica en la sociedad laica y entre los católicos. Entre todos los temas y los objetos del mundo católico, éste que le habla ante todo al «corazón» y que sólo querría suscitar amor y paz, parecía ser sin embargo el último que pudiera provocar la urticaria e incluso la ira – y en este caso el reparto ni siquiera fue entre creyentes e incrédulos... En efecto, ¿de qué se trata? De la

devoción por el «corazón» de Jesús, un corazón (según el evangelio de Juan 19, 34) atravesado de un lanzazo por un soldado cuando ya estaba muerto en la cruz.

El «Corazón de Jesús»: una devoción antigua y mal conocida

En «*la sangre y el agua*» que chorreó de la herida, una larga tradición espiritual ha visto, con tonalidades diferentes dependiendo de las épocas, el símbolo de la abundancia desbordante del amor de Dios por los humanos. Pero lo que se llama el «culto del Sagrado Corazón» y sus representaciones en imágenes bien realistas (frecuentemente un corazón en llamas, «ardiente» de amor), sólo se impusieron en la Iglesia católica en el siglo xvii, con las apariciones de Cristo, en Paray-le-Monial de 1673 a 1675, a una religiosa de la Visitación, Marguerite-Marie Alacoque. La devoción del Sagrado Corazón conoció luego una extensión extraordinaria, en Francia y en el mundo entero, antes de sufrir un cierto eclipse en el período reciente. Desafección que en parte se explica por la alergia que llegaron a producir los Sagrados-Corazones san-sulpicianos, con el corazón físico aislado, fuera del cuerpo de Jesús y exhibido sobre su pecho, o representado independientemente de su cuerpo, a veces sanguinolento o apretado en una corona de espinas, con comentarios a cuál más doloristas.



El director espiritual de Marguerite-Marie, el padre Claude La Colombière, era un jesuita, y su orden jugó un gran papel en la difusión del culto, pero el santuario del Corazón de Jesús en Paray-le-Monial, lugar de peregrinación, y su animación fueron confiados hace algunas décadas a la Comunidad del Emmanuel: nacida en los años 1970 con la Renovación carismática («pentecostista», <movimiento laico católico, no-pentecostal>), está actualmente fuertemente implantada en Francia y en otros países. Es ella sobre todo –sino exclusivamente– la que aparece en la película. Practicamente están ausentes los que promovieron y difundieron la espiritualidad del Corazón de Jesús en la Iglesia: los jesuitas (que lo encajan bastante mal como se lo percibe en algunas de sus reacciones por muy corteses que ellas sean...). También está ausente la vasta historia de la expansión del culto en el mundo entero, sus legados a la Iglesia, múltiples y diversos, su papel político (el más visible en Francia sigue siendo la basílica del Sacré-Cœur de Montmartre en Paris, edificada en 1873 durante el período llamado del Orden moral). Apenas si se hace mención a la encíclica *Dilexit nos* («Él nos amó»), publicada por el papa Francisco en octubre de 2024 con ocasión del 350º aniversario de las apariciones a Marguerite-Marie; esta encíclica trata de actualizar su sentido teológico y espiritual de la devoción.

El inesperado (e imprevisto) éxito de un film

Pero probablemente nos estemos desviando del tema al mencionar estas deficiencias. En efecto, nos la tenemos que ver es con un «docu-ficción» cuyos realizadores (Steven J. Gunnell, exmiembro de la banda de chicos *Alliage*, y su mujer Sabrina) son conversos, «reconstruidos» por su conversión después de un período muy difícil de sus vidas, que se volvieron «extremistas del amor divino» (*sic*) y ardientes propagadores de la fe católica. Su film, destinado a difundir esta buena nueva, es divulgado por Saje Distribution, especializada en el film cristiano, cuyo dueño, Hubert de Torcy, es miembro de la Comunidad del Emmanuel (dirigió su editorial). En la película, testigos manifiestamente cercanos al actual Paray-le-Monial y a las reuniones que allá organiza el Emmanuel, hablan con franqueza y sin restricciones del amor de Jesús, el que ellos viven amándolo intensamente y el que reciben de él de retorno y que les da fuerza y goce. Es el Sagrado Corazón leído y revisado a la luz del celo misionero de las comunidades carismáticas. Es evidente la intención de comunicar la emoción y el entusiasmo, los beneficios de la adoración y de la alabanza, característicos del Emmanuel,... y lo logra, si escuchamos los testimonios a la salida y el aflujo que se presenta en las numerosas salas en las que se proyecta en este momento la película. El 350º aniversario de la revelación a Marguerite-Marie se volvió así la ocasión oportuna o el pretexto, para que los Gunnell & el Emmanuel, hicieran su obra misionera en una sociedad en la que, por un lado, la grande y vieja institución Iglesia parece al borde del hundimiento, mientras que por el otro lado florecen, en una sociedad más secularizada e individualista que nunca, que se ha vuelto religiosamente inculta, los «reencantamientos» pasajeros, las «iluminaciones» súbitas, las experiencias de «lo sagrado» inéditas, a menudo sorprendentes para los entornos... Se encuentra de todo en este Gran Bazar de la religiosidad post-moderna: lo emocional desbordado, las apariciones y las visiones, lo misterioso y lo extraño también, por muy absurdas que le puedan parecer a los ojos de las gentes «razonables». Frente a este estallido del sentimiento religioso y de sus expresiones, el lenguaje concreto, sensible, del Sagrado Corazón tiene la gran ventaja de unificar y de referir la experiencia espiritual a un referente central de la Iglesia, durante además un año jubilar: el del corazón de Jesús.

Si las reacciones en los *mass-media* y (sobre todo) en la red, son generalmente positivas, por no decir elogiosas –no es un fracaso ni un malvavisco, los testimonios en particular suenan precisos y emotivos...–, también los hay muy críticos, que subrayan la impregnación «goda» en la parte «documental», donde los «milagros» son recibidos como cosas evidentes, y los aspectos llamativos, hollywoodianos, *kitsch*... o san-sulpicianos en la parte «ficción». Sea lo que fuere, logra su objetivo: tocar a los espectadores por medio de los testimonios *actuales* de compasión y de los dones celestes recibidos, de piedad y de oración que el Sagrado Corazón de Jesús inspira, reconfortantes y consoladores. «*Sagrado Corazón cuenta una historia desconocida e increíble que lleva esperanza, que hace agrandar el amor y la alegría*», resumen Sabrina & Steven Gunnell. Sin embargo, incluso si la *performance* es lograda y saludada por los críticos y el público en general, ¿cómo explicar, dado el tema, su sorprendente éxito de taquilla (cerca de 300.000 entradas en Francia para fines de octubre, y sin duda pronto llegando a las 400.000)?

Bienaventurada politización

Primero por una razón *política*. Todo el mundo sabe, en el mundo de los bienes culturales (libros y películas en particular), hasta qué punto una contrariedad pública –a menudo no

prevista pero más o menos esperada— en el momento de la salida puede ser ventajosa, primero para crear *buzz <revuelo>*, segundo para crear polémicas y tercero, por supuesto, para generar ventas, de las entradas, de las visitas del sitio, etc. Aquí, la contrariedad vino, al comienzo, del rechazo por parte de la SNCF <Sociedad Nacional de los Ferrocarriles> y la RATP <Administración autónoma de los transportes parisinos>, vía su departamento de publicidad, de la campaña de afiches del film: se dijo que demasiado confesional, demasiado proselitista, muy contrario a la neutralidad que se le exige a un servicio público. Para los *média* (CNews, JDD, Europe 1) de Vincent Bolloré, financiador decisivo de la producción (vía Canal+), fue pan bendito para promover la película desde su salida. No se necesitaba más para insistir en el anticristianismo del servicio público, sobre un film víctima de la censura del sagrado cristiano en nuestra cultura... Para Steven Gunnell, «*privados de affiches en las estaciones del ferrocarril o en los metros, los fieles son privados del derecho que tienen de ver su fe anunciada, y los curiosos del derecho de ser intrigados*». Las denuncias de la laici intolerante y del anticristianismo en los «*média* Bolloré» encontraron luego refuerzo en la justicia de Marsella: el alcalde de esa ciudad, que había anulado la proyección prevista en una sala de la ciudad, tuvo que reprogramarla por orden del juez administrativo. Sin embargo no dejemos de decirlo: cuál no hubiera sido la guachafita que se hubiera formado en las salas de redacciones a sueldo de V. Bolloré si por ventura ¡un film de este género, inspirado en el islam, saliera a las salas de cine!...

La consecuencia de esta campaña era inevitable: mientras que la película no buscaba ningún objetivo político, e incluso si S. Gunnell era sincero cuando dijo que V. Bolloré había intervenido «*milagrosamente*» (*sic*) en su juego financiero, la controversia lo ha arrastrado a la desagradable órbita de los multimillonarios católicos que no ocultan sus simpatías políticas por la extrema derecha. Por tanto colectivos católicos indignados han llamado a boicotear la película que, visto los apoyos recibidos a la vez para el financiamiento y la promoción, «*banaliza*» según ellos las ideas de extrema derecha. Y a la inversa, para Hubert de Torcy, presidente de Saje Distribution, esta polémica es evidentemente «*providencial*» y, para Sabrina Gunnell, ella «*ha despertado las conciencias*». Los realizadores tanto como el distribuidor niegan por supuesto toda responsabilidad en esta deriva política. Ellos dicen que no le habían pedido nada al senador de extrema derecha Stéphane Ravier, que fue el que les aconsejó sabiamente que solicitaran una orden judicial de emergencia (un procedimiento de urgencia) ante el tribunal administrativo de Marsella, con el éxito que ya hemos mencionado... Vale, pero el resultado «*moral*» es cuando menos un triste destino, en este año jubilar, para una cinta que ¡buscaba celebrar el amor, la compasión, la paz y la alegría procuradas por el corazón de Jesús! Un éxito ensombrecido también por el anuncio de que el El Emmanuel, objeto de numerosas críticas de otros católicos en France, estaba sometido por Roma a una «*visita apostólica*» para corregir disfuncionamientos internos...

Una laicidad poco inspirada y contra-productiva

El juicio del tribunal de Marsella conduce al rol jugado por la laicidad francesa en este *affaire*. Hay que decir que su «*firmeza*» condujo a un *flop* e incluso al resultado inverso del que se buscaba y deseaba al comienzo con el rechazo de colgar la publicidad, y más tarde con la tentativa de prohibición por parte del alcalde de Marsella (que dicha sea la verdad no es conocido como un intransigente laico). Ambas decisiones empujaron la venta de entradas a las salas y multiplicaron las salas que proyectaban la película. Algo que nos debe llevar a reflexionar sobre una paradoja aparente: si en nuestras sociedades europeas postcristianas, las

instituciones históricas –las Iglesias en particular– están en franco retroceso, lo religioso sigue vivo y se manifiesta de múltiples maneras, e incluso en el catolicismo parecen renacer desde hace algunos años despertares testimoniales e identitarios, que reaniman el derecho al sentimiento religioso, a sacralidades perdidas, prácticas populares. En decisiones como las de colgar un cartel publicitario del film o de su no programación en una sala, no son pues las pretensiones de la Iglesia las que están siendo impedidas, sino cuestionamientos, expectativas, un deseo de conocimiento, para no mencionar el reencuentro con una tradición... y no es pues de sorprenderse que muchos espectadores, incluso «de izquierda» o «descreídos», hayan ido a ver la película como por desafío, precisamente a causa de los obstáculos creados «a nombre de la laicidad». Por supuesto que este resorte es sostenido también por el ruido de fondo, que se ha vuelto obsesivo y machacón de parte de los que sabemos, del «gran reemplazamiento» o de la «subversión» por la inmigración musulmana, o de una retórica que le endilga todas nuestros infortunios al ateísmo laico y al abandono de los «valores» cristianos.

En estas condiciones, ¿debería ser revisada y corregida la ley de 1905? <sobre la separación de la Iglesia y el Estado> Ella tiene grandes cualidades, pero la obsesión que ahora se tiene por el islam y los desvíos islamistas le tapan la vista a las evoluciones sustanciales, más invisibles, de lo religioso. Quizás, contrariamente a la tendencia actualmente dominante, se requerirían interpretaciones más finas, menos cortadas con hacha, menos alineadas sobre lo solamente «institucional», en una nación donde el problema ya no es la separación –ya lograda– de la Iglesia y del Estado, sino la presencia múltiple de un espiritual «sin fin», muy bien testimoniado finalmente y prometido por el improbable éxito de *Sacré Cœur*.

Traducido por Luis-Alfonso Palau, Envigado, co, noviembre 24 de 2025